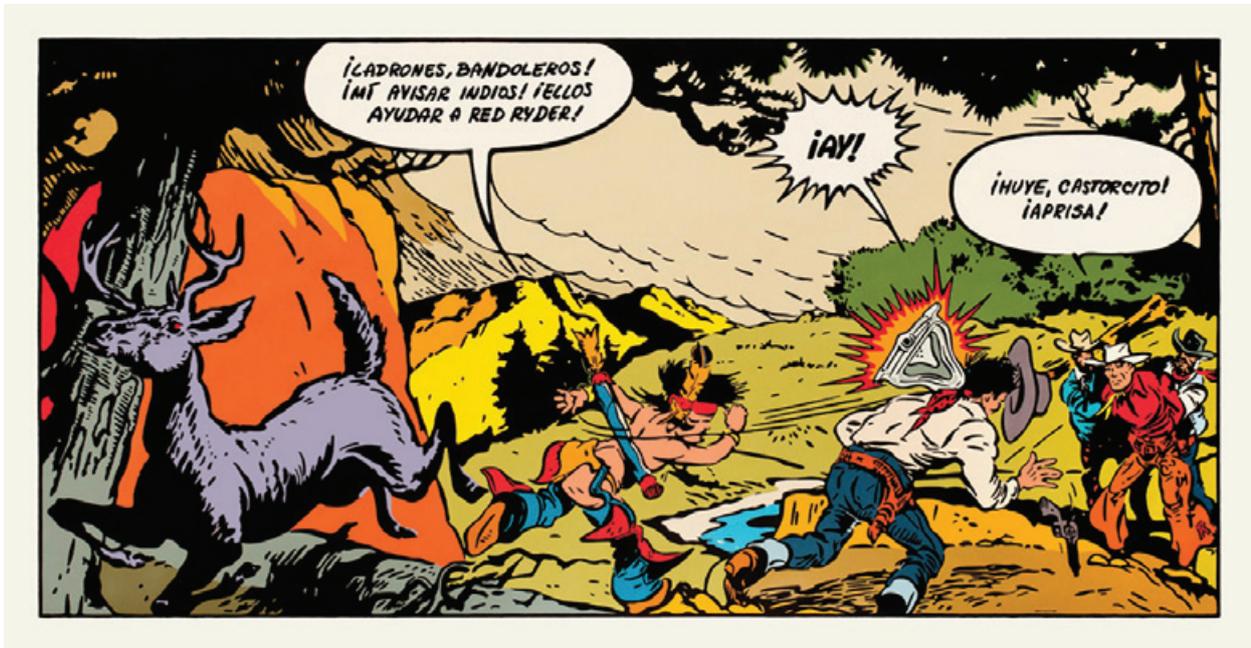


Cien años del dadaísmo: la importancia de lo inútil



Álvaro Barrios. *¡Mí avisar indios!* De la Serie En torno a Marcel Duchamp. 2009. Acrílico sobre lienzo. 130 x 250 cm

En este 2016, el Dadaísmo, una corriente ideológica y fundamentalmente artística, irreverente y decodificadora, está cumpliendo cien años. ¿A quién, que no sea un artista, y que, casualmente, haya estado interesado en la historia del arte, puede importarles esta efeméride? Sí, a nadie. Sobre todo porque nadie, o casi nadie, sabe qué es, qué hizo, quiénes lo impulsaron, ni para qué sirve o sirvió el dadaísmo. Ni sabe casi nadie que el Dadaísmo surgió como una respuesta (eso que tanto dicen: una flor arrojada a la carrilera con el fin de desestabilizar el tren) a la máquina de la guerra (Primera Guerra Mundial: 1914-1918) que, como bien sabemos ya, se hace con el pretexto del progreso, de la eficiencia, de aniquilar fuerzas que se oponen a las grandes ganancias, de sacar del medio a parásitos improductivos, etc.,

cuando en realidad de lo que se trata la guerra es del afán de rediseñar los mapas mediante la apropiación de territorios por la fuerza de las armas y de la barbarie.

Pero, estéticamente, no tenía ningún propósito el Dadaísmo, más allá de no tener ningún propósito. No querían, quienes lo fundaron, responder a la incoherencia del horror y del absurdo con lógicas y coherentes teorías que pretendieran “corregir la plana” a la muerte del juego y de la creación, que es la guerra y la atolondrada sociedad que la apoya. Solo querían ir contra el arte racional imperante, contra cualquier tipo de utilitarismo de las ideas y de la creación y contra todos los líderes y los liderazgos posibles. Todo eso, claro, era una estética, un orden otro, aunque no lo quisieran ellos

mismos. Por eso también dijeron que tampoco el Dadaísmo era creíble, que tampoco había que seguirlo a ninguna parte.

Son Tristán Tzara, seudónimo del poeta y ensayista Samuel Rosenstock (Rumania, 1896-Francia, 1963) (Vuelven los pescaderos con las estrellas del agua, / reparten comida a los pobres, / ensartan rosarios para los ciegos, / los emperadores salen de los parques / a esta hora que se asemeja / a la vejez de los grabados / y los criados bañan a los perros de caza, /.../)¹ y Hugo Ball, también poeta (Alemania, 1886-Suiza, 1927), quienes fundan en 1916, en un bar con nombre de filósofo francés (Voltaire) en Zürich, Suiza, el Dadaísmo. Dadaísmo de Dadá que, dicen ellos mismos, nada significa, o por lo menos nada que valga la pena saber a ciencia cierta. “Declaro, escribió Hans Arp –uno de ellos–, que Tristan Tzara encontró la palabra “dadá” el 8 de febrero de 1916 a las seis de la tarde. [...] Estoy convencido de que esta palabra no tiene ninguna importancia y que solo los imbéciles pueden interesarse por los datos. Lo que a nosotros nos interesaba es el espíritu dadaísta, y todos nosotros éramos dadaístas antes de la existencia del dadaísmo”.

Como antesala del surrealismo, engrosaron ese grupo artistas de la importancia (unos más que otros) o de la fama de Pierre Reverdy, Giuseppe Ungaretti, Joan Miró, Salvador Dalí, Marcel Duchamp, Francis Picabia, Man Ray y George Grosz.

Como casi siempre ocurre, y consecuente con un movimiento que, como el dadaísta, nace con la conciencia de su fracaso, el tiempo se ha encargado de hacer de él pasto del olvido. Con ilustres salvedades, quizás. Y con el (delicioso) augurio de fracaso con que nacen los ismos, donde los haya.

Como tantas cosas inútiles, es muy importante que el Dadaísmo cumpla cien años.



Álvaro Barrios. *Oración en el museo*. De la Serie En torno a Marcel Duchamp. 1983. Impresión digital sobre papel de conservación. 140 x 93 cm

La presente *Agenda Cultural* conmemora esos cien años, para lo cual publica varios artículos que ayudarán al lector a clarificar de lo que se trata el Dadaísmo, o por lo menos a no dejar pasar de incógnito un acontecimiento que, en su momento, fue de vital importancia para el arte, para la creación. Y que alcanzó, como lo demuestra uno de los artículos sobre un artista colombiano, a irradiar su influjo allende los mares y pasado mucho tiempo.

Nota

- 1 Tristan Tzara, incluido en *Antología de la poesía rumaná contemporánea*, trad. de Darie Novaceanu, Bucarest, Editorial Elion, 2000.

Luis Germán Sierra Jaramillo